

el sabor se quedan todavía, por largo tiempo, como almas, para acordarse, para desear, para esperar sobre las ruinas de todo lo demás, para llevar sin doblegarse, sobre su gota casi palpable, el inmenso edificio del recuerdo». Lucas Ochoa no hizo lo mismo. Pero la tristeza en él, surgida de la rápida observación de la mujer, era un recuerdo, otra asociación, algo que de su memoria se perdió, pero que quedó en la subconsciencia.

Peligroso es el sistema de dejarse atropellar por los propios pensamientos, por el aspecto cambiante de las cosas. A Lucas Ochoa le pueden salir imitadores, lo que sería una peste, porque sin su talento, sin su ilustración, sin su fecunda originalidad, del propio modo que don Estanislao Gómez Barrientos interrumpe, con gracia del narrador, una meditación sobre Bolívar o que la fantasía del autor se larga tras de consideraciones acerca del timbre de la voz, de la significación de las miradas, de la inquietud que pueden hacer nacer dos senos florecidos como diría Rivera, podrían verse interrumpidas muchas narraciones coherentes y y hasta interesantes, por declaraciones triviales, como sería, en una obra cualquiera, de arte o de ciencia, contar que en el preciso momento de escribir cierto párrafo se sintió obligado el autor a quitarse una pulga. Rigurosamente histórico y rigurosamente real, y hasta propicio para decir muchas cosas ingeniosas acerca de las pulgas y acerca de los sitios en donde a veces se esconden. ¿Pero qué se hacen los personajes de la historia, de la novela o del drama, cuando esas lagunas se abren voluntariamente? Otra cosa, pero ardua, es hacerlo con la inteligencia, con la chispa de Fernando González.

Lucas Ochoa escribe la historia de Bolívar. Mejor dicho: la anuncia. Este primer volumen es el Bautista del otro. Es un motivo intelectual, como dice el autor, para preparar el advenimiento de la obra en que Bolívar humanizado, demasiado humanizado a trechos, pasará hacia los espacios que quedan más allá de la vista sobre un corcel de llamas. No gusta Lucas Ochoa de la literatura. El semidiós, el «grande en el pensamiento, grande en la acción» de Rodó, se le estomagan. El querer al hombre diario, al de las asperezas y el de los disgustos, el de los gritos, el de los vizcaños, el gallo de corral en materia de mujeres, que no tuvo compromisos sino con la carne, ausente el corazón, lo que negamos, pero que él ve en esa forma en el hombre chiquito, flaco, de chillona voz, que con gorra de campaña, vestido de levita azul y montado en una mula se presentó, en la famosa entrevista de Santa Ana, al general Morillo.

Le ocurre, y hace bien en pensarlo, que el hombre así, sin carne, sin belleza, sin garbo, de apariencia ridícula o insignificante, al extremo de que Morillo no quería dar crédito a sus ojos para reconocer en tan pobre sujeto físico al grande entre los grandes, resulta aún más grande. Era que tenía unos ojos!... Y entre los ojos, detrás de los ojos, y en todo el cuerpo, un alma!... ¡Qué alma! El autor no quiere que sea nuestra. O lo quiere, pero no acierta a comprender cómo pueda serlo. Con cuerpo y todo se la regala a España. Bolívar es un europeo, un vasco, con un sueño de grandeza por realizar. No cabe en un continente de mulatos. Todo lo de aquí es enano ante el hombre de conciencia continental que Lucas Ochoa nos impele a admirar en cuatro patas.

Tiene sistemas de analizar, presentaciones, arranques hacia lo difuso, parecidos a los de

don Simón Rodríguez. Sólo que con más *do-naire*. El maestro de Bolívar publicó en 1830 un librito en Arequipa que llevaba este título: *El Libertador del Mediodía de América y sus compañeros de armas, defendidos por un amigo de la causa social*. Tal vez no figura en la biblioteca de Lucas Ochoa, el hombre que se documenta, ni habrá quien se lo preste, por temor a que se lo llene de notas y desgarraduras. ¡Pero como si lo tuviera! Eso de medir las almas y de establecer el porcentaje que tengan de concentración, firmeza, alegría, valor y el resto, como si se tratara de un compuesto químico, es pura genialidad, adivinación, de don Simón Rodríguez. Su libro es fatigante. El de Lucas Ochoa es de una amenidad, de una penetración, de una riqueza extraordinarias. No le faltaron a don Simón apuntes tan certeros y risueños como éste: «Ladrón no es injuria en América: así se trata a todo el que tiene algo a su cargo, aunque sea una torre o un arenal». Lucas Ochoa diría: criterio de mulatos. Pero es de humanidad. La humanidad es mulata.

Lucas Ochoa los ve sólo en América. Aspira a tener conciencia cósmica, y nadie hay más atareado en todo lo contrario a la adquisición de esa conciencia. Especialmente ve mulatos en torno de Bolívar. Con rendida idolatría, contradiciendo cuanto fué inicial propósito de humanización, para hacer resaltar sobre el barro primitivo las enormes condiciones del héroe, lo pinta solo, abstraído, acompañado por sus sueños, obligado por el llamamiento de su obra a bajar a la charca donde estaban sumergidos todos sus compañeros. ¡Qué concepto tan injusto acerca de éstos, o tan enaltecido, según por donde se le tome, porque sería un prodigio que pobres ranas del pantano nauseabundo hubieran sentido su atracción y le hubieran hecho posible la libertad de América!

De manera especial, como cualquier José Bolívar de las horas difíciles en que la nación se formaba, Lucas Ochoa se ceba en Santander. El odio solapado, la envidia metódica, la sola conciencia del dinero, la cobardía que no aspira sino a estar cubierta, con algo doloroso en el alma, y un concepto de ésta y una descripción de la muerte del prócer que hieden en el libro, a eso queda reducido el Hombre de las Leyes. Cuando hace fusilar a los prisioneros de Boyacá, dolorosa medida que consideramos un lunar en la vida magnífica del organizador de Colombia, pero que él supo defender en uno de los mayores documentos que haya dado cualquier hombre de Estado en nuestra tierra, Lucas Ochoa se exalta hasta llamarlo asesino de Barreiro. Cuando Bolívar hace fusilar a Piar o decreta la guerra a muerte, es el hombre de conciencia casi cósmica, que hace lo que le viene en gana para atemorizar o alegrar a los mulatos. Sin solución de continuidad hallamos el perdón y la diatriba.

Pocas veces ha ascendido tanto un escritor en la contemplación y en la interpretación de un alma, como Lucas Ochoa en el análisis soberbio de Bolívar. Tres documentos de excepcional elevación, estremecidos por el aliento profético—el manifiesto de Cartagena, la carta de Jamaica y el discurso de Angostura—le sirven de alimento para la sublime concepción, después de haberlos tomado como punto de partida. Allí está el Bolívar genial, superior a todos sus contemporáneos en el nuevo mundo, con visión apocalíptica, buzo de las edades, mago y señor de los pueblos que oyeron el clarín de su voz y fueron libres al golpe de su espada. Hizo, como nadie, presente el porvenir y mostró los escollos de la ruta, los arre-

cifes peligrosos, enhiestos en la mitad del océano. Y fué el hombre de la conciencia continental, como lo grita el biógrafo con sobra de razón, como no lo fué ni de lejos ninguno de sus compañeros.

¿Superior a todos? Nadie lo discute. Ni había nacido en el mundo de Colón, ni ha nacido nadie todavía, nadie que se le parezca. Como Jesús en Galilea, fué puesto en América expresamente por Dios. A donde quiera que fué llevó el destello de su misión divina, y lo mismo en sus aciertos y en sus triunfos, en sus abnegaciones y en su resolución, en su tenacidad y en su coraje, que en sus errores y en sus culpas, fué grande. Bolívar fué grande hasta en sus pequeñeces. Todo lo suyo está marcado con la huella del genio. Tiene razón Lucas Ochoa en afirmar que, no obstante sus cartas amorosas y otras sensibilidades, el Libertador no fué, no pudo ser, romántico. Fué un realizador, aunque la conciencia continental resulte, en medio de mulatos, el colmo del romanticismo.

¿Pero qué hace un pueblo que no alcanza a esa concepción—y ay! de él si la tuviera!—detrás de un hombre de conciencia continental, cuando su única ambición, su única necesidad, es hacer patria? Tras del corcel desbocado de la genialidad, Santander representó el equilibrio. Era más hombre de gobierno, más hombre de patria, que el otro. Los hombres de conciencia continental rompen cadenas, arrasan fronteras, escriben su nombre en las nubes. Pero no gobiernan. Los mulatos, embobados, ofuscados, con la saliva en las comisuras de los labios, se le entregaron para que realizara sus prodigios, como si el país fuera inerte. No concebían nada más allá, ni nada más arriba de ese hombre. Ocurrió el milagro de Santander: otro hombre con dotes esclarecidas de organizador, con un sentido más hondo de la inmediata responsabilidad, con conocimientos más metódicos en la ciencia del gobierno, que mostró en el hombre, y más allá del hombre, lo estable, lo sagrado, lo provechoso: la ley.

Los hombres de conciencia continental, cumplida la misión libertadora, entregados a los sueños imposibles, son superiores a los entendidos en administración, en la historia. Gústele o no a Lucas Ochoa, cuya mano valerosa estrechamos cordialmente, eso es literatura. En la realidad, esos hombres de conciencia tan formidable, revientan. Es extraordinariamente sencillo imaginar al hombre cósmico. Puede ser Jesucristo o puede estar en el asilo de locos. En la vida corriente el ser así dotado debe ser infinitamente dulce o debe estar realizando una labor trascendental, pero posible como parte apenas de lo que quieren los sueños. Bolívar mismo vió mejor que nadie, sus limitaciones. Decir que no era un hombre de gobierno es sencillamente repetir sus palabras.

Santander sí lo era. No queremos sugerir que la totalidad del individuo era superior al otro.

Más grande que Bolívar no ha habido nadie, desde cuando fueron descubiertos los aztecas, los chibchas y los incas. Pero por la faz administrativa era inferior a Santander, como hubiera sido inferior en fuerza a un boxeador, en dibujo a un pintor, en el arte de sanar a un médico. Lo que Bolívar quería realizar con un vuelo a las nubes, Santander lo ayudaba a realizar sin perder el contacto con la tierra. Así la libertad del Perú. Concepción generosa del primero, no hubiera sido posible sin el paso firme, meditado, autorizado, del último. Con la conciencia continental de Bolívar, muerto él habríamos vuelto al dominio de los españoles.